

El presente número de la revista *Colombia Ciencia y Tecnología* es el segundo que se dedica este año al tema de historia de la ciencia en Colombia. En realidad, debería decirse, a la historia *social* de la ciencia en el país. La ciencia entendida como constructo social es el eje de las reflexiones que aquí se presentan. Cada vez quedan más lejos las aproximaciones interpretativas que reducían el desarrollo de las ciencias a procesos voluntaristas y heroicos en donde personajes notables “descubrían”, “inventaban” y en general hacían aportes individuales al conocimiento dentro de una perspectiva acumulativa y neutral del conocimiento científico.

Ahora los estudios del desarrollo de las ciencias empiezan a preguntarse por la intencionalidad de dichos estudios, por qué ellos avanzan en unos temas y no en otros, por qué se hacen unas preguntas de investigación y no otras, por qué se responde a los intereses de grupos particulares, y sobre todo cuáles son las determinaciones históricas y regionales de la generación del conocimiento científico. En resumen, se busca entender mejor que la ciencia es un cuerpo de conocimiento determinado por las condiciones sociales y culturales en las cuales se produce.

Como es obvio, muchas de las reflexiones aquí presentadas dan continuidad a las publicadas en el número anterior en su búsqueda por las relaciones entre el conocimiento generado por los países hegemónicos del mundo occidental y los procesos de recepción en nuestros países periféricos. Por lo menos dicha recepción se matiza no sólo como transferencia sino también como adaptación e incluso resistencia, pero ello apenas empieza a vislumbrarse dado el énfasis tradicional en los análisis progresistas de la simple adopción acrítica y “subdesarrollada” de modelos científicos provenientes del mundo industrial.

En el primer artículo de este número, escrito por Luis Carlos Arboleda, el autor se pregunta precisamente por las condiciones de la inserción histórica de este país en la modernidad a través de la formación de la cultura científica en la región. Con el caso de las matemáticas como telón de fondo, exploramos con el autor las representaciones y las formas de pensamiento que determinaron la actividad científica y la divulgación de sus resultados en el Siglo XIX con referencia a la obra de cuatro autores de la época, Caldas, Restrepo, Liévano y Garavito. A estos científicos, dirá Arboleda “se les hizo imprescindible cultivar las matemáticas como proyecto de vida”, diríamos además, como proyecto de universalización políticamente situado. Así, aparecen, entre otros, el tema del ascenso y el prestigio sociales como componentes de la actividad científica en dicho Siglo, con un énfasis que pocas veces se ha explorado en los recuentos del desarrollo de la razón matemática.

Siguiendo con la misma línea, Camilo Quintero se concentra en uno sólo de los mismos científicos decimonónicos, Julio Garavito, como una excusa para desarrollar sus argumentos frente al debate que refiere la aparente separación entre teoría y práctica como referente para el ejercicio de la ciencia. De nuevo, la forma como se resuelve el debate a favor de una posición más teórica que instrumental responde a las necesidades sociales de la época, en las cuales el posicionamiento como científico universal del héroe escogido por el poder, estaba atado al énfasis teórico de una parte del trabajo de Garavito. Su consideración política como un “héroe científico” expresa así mismo la mirada periférica que buscaba la vinculación a la comunidad internacional, lo cual no era posible a través de la simple aplicación local, práctica e ingenieril, del conocimiento sino que debería reivindicar igualmente a un “teórico” listo a ser reconocido y aceptado en la comunidad internacional.

A continuación, Emilio Quevedo, explora la participación de una entidad líder en el apoyo al desarrollo de las ciencias en la América Latina como es la Fundación Rockefeller. El papel de la fundación es uno de los ejemplos más estudiados de los procesos de transferencia del conocimiento científico en contextos locales precisos y el trabajo de Quevedo nos muestra claramente y de manera comparada la intencionalidad y el papel jugado por la Fundación en el caso de las políticas de salud pública en Latinoamérica, más específicamente en Centroamérica, a finales del Siglo XIX y comienzos del XX. Tan instrumental como pueda parecer, el hecho es que el estudio de Quevedo nos reafirma que las campañas de salud de la Fundación en Centroamérica tenían “en última instancia la finalidad de aumentar la productividad industrial norteamericana”. Afirmación provocativa que se documenta de manera llamativa y vuelve a poner sobre la mesa la intencionalidad casi perversa de los actores más conocidos que intervienen en el desarrollo de la ciencia y la tecnología en nuestras regiones.

También se incluye una reflexión de la historiadora Margarita Garrido, actual Directora de Colciencias, presentada en el I Taller Franco Andino de Indicadores de Ciencia, Tecnología e Innovación, en la cual discute brevemente la vinculación entre cienciometría y la construcción de una imagen del quehacer científico en Colombia. La autora nos deja una serie de pistas especialmente referidas al Siglo XVIII para iniciar una lectura acerca de los indicadores (los cuentos y sus cuentas) que han venido normalizando e institucionalizando un discurso acerca de lo que debe ser la práctica científica, no siempre o necesariamente acorde a las prácticas de los científicos en la región. El conjunto de la revista, hace evidente que las prácticas científicas no pueden aislarse de su contexto cultural y político. ■